

Racial

—... Nada de eso, mujer. Sobre que voy creyendo que tú te has figurado que los sacos de carbón sienten y padecen como nosotros.
Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés*, segunda parte, capítulo 6.

Por VÍCTOR FOWLER CALZADA

El presente trabajo constituye la introducción a un compendio de análisis publicados en nuestra revista sobre el tema de la raza en Cuba, que hemos seleccionado para publicar en un libro. En estos momentos dicha selección aun se encuentra en imprenta, pero muy pronto podrán disfrutar de la misma.

Quien habla es el personaje de don Cándido Gamboa mientras —en lo que considera “uno de los peores días de su vida”— explica a su esposa, doña Rosa, que los ingleses han capturado el bergantín “El Veloz”, con el que importaba, directamente desde África, unos 500 negros esclavos. Tropezar con los ingleses ha resultado un desastre económico, pues —enfrentado a la perspectiva de ser sorprendido con el centenar de negros que llevaba encadenados sobre la cubierta— el capitán del barco decidió echar al mar a esos a quienes don Cándido llama “bultos” o “fardos”.

Semejante conversación y semejante episodio son nuestros y fueron pronunciados —o tal vez escuchados en silencio cómplice— por alguno de nuestros antepasados, por un amigo o, en general, por alguien a quien quisimos. Puede que no tanto como aceptar, de manera tan fría, el sufrimiento y la muerte del otro; pero... ¿cuántos escaparon de creer, sospechar o sentir —aunque fuese un momento pequeño— que el otro, el diferente por su origen y color de piel, el negro, es inferior?

Tan profundas son las heridas que deja la esclavitud y tan irracional la división que estimula entre los grupos humanos que la viven, que todavía hoy —140 años después de haberla abolido— seguimos intentando construir un país sin discriminación, prejuicios y fantasías de dominación basadas en el color de la piel. En oposición a aquellos para quienes los negros esclavos no eran sino “sacos de carbón”, “animales y no hombres” como —en otro momento de la plática— el mismo don Cándido propone, somos portadores de años de comprensión y de lucha por la igualdad entre los hombres; en este sentido, el cambio nos ha sido “dado”, es decir, la posibilidad de ser mejores personas, más próximas al amor, la caridad, la solidaridad, la esperanza, el perdón (que no en vano coloco al final de esta lista).

Construir sociedades igualitarias en países “forjados” encima de las estructuras socio-económicas del esclavismo exige liderazgos visionarios, proyectos claramente orientados a un futuro de desarrollo común entre los herederos de antiguos victimarios y de víctimas, espacios de debate permanente para testimoniar y vigilar conquistas o retornos respecto a la práctica dañina que se quiere superar, y —por sobre todo ello— una conciencia que de continuo nos recuerde que el dolor humano existe, que tiene una historia, que a veces —como si se tratase de una habitación con paredes ardientes— nos atrapa y no solo nos impide escapar, sino que permanecemos en el centro (de nuestro propio dolor), sin saber qué hacer y consumiéndonos.

Es allí donde la llegada de una mano deshace todos los ladrillos y libera: mano de la amistad, del apoyo y la ayuda. Pero también debemos saber que es una enorme responsabilidad esa intención de acercarnos al otro que sufre, que ha sido humillado, a quien necesitamos conocer y escuchar. El racismo, en cambio, es sordo; no escucha porque, antes de analizar la situación o conocer a la persona, ya se hizo un juicio: “son inferiores”.

Cuando pienso en ese centenar de negros encadenados lanzados al mar (en algún momento del relato se destaca que, en el grupo, había tres niños), sumo la cantidad de los que se supone que murieron en las bodegas del barco con escotillas claveteadas (es decir, sin apenas aire para respirar) y el total lo multiplico por la cantidad de veces en las que sucedieron episodios semejantes, agradezco no haber tenido que vivir un mundo así y no estar tan dañado como para justificar la muerte de un hombre diciéndome a mí mismo que solo se trata de un objeto. Nuestro presente contiene las aflicciones de ese pasado terrible, pero también la hermosa y larga lucha de los hombres y mujeres cubanos

por la igualdad racial; historia que viene desde los tiempos de la colonia española y llega hasta el presente, que agrupa a personas de raza negra y de raza blanca.

Insisto en que nos ha sido dada la oportunidad de alejarnos de cualquier sentimiento racista, de liberarnos, de revisarnos nosotros mismos para ser mejores. Una manera de hacerlo, acaso la más extendida, es la de extender la mano al otro humillado (que, dada nuestra historia de esclavitud, es un término que —de modo mayoritario— reúne a hombres y mujeres de la raza negra, además de habitar el tramo económico entre la humildad y la pobreza). A todas luces esto implica ir hasta donde ese “otro” se encuentra, hablarle, conocer quién es y sus problemas, con tacto, con respeto y —sobre todo— con una calidad inagotable y transparente, que lo haga visible, de amor.

Sin embargo, por decisiva que parezca, semejante actitud no es más que la mitad sencilla de una radicalidad que encuentra su complemento cuando aprendemos a preguntarnos (y a que la pregunta nos moleste, nos duela): ¿por qué no me acompaña mi “otro” y qué es necesario hacer para que esté aquí, conmigo? Traducido esto a los términos del presente texto ello significaría preguntar: ¿por qué (en esta o aquella reunión/ ocasión) en la cual participo no hay negros y qué es necesario hacer para que estén aquí, conmigo? ¿Cuáles oportunidades yo disfruto y ellos no y por qué motivo?

Quisiera insistir en el tema de la relación entre el dolor y la pregunta, porque no se trata de un acto formal, de repetir —de modo mecánico— el ritual externo de la piedad, sino de avanzar por el camino hiriente de una piedad desgarrada, que nos involucra y necesita, para poderse realizar, de nuestro padecimiento como expresión de la disposición del amor para cumplir su tarea: curar. Como mismo el daño es vivido por la víctima como algo terrible y humillante, la pregunta por el otro que sufre es incómoda porque nos arranca de la tranquilidad de nuestros mundos contruídos y nos envía a la calle, a la intemperie donde se conoce el abandono y el dolor.

San Ignacio de Loyola —en una cita cuyo original está en el primer preámbulo del primero de los *Ejercicios Espirituales*— nos enseñó a “ver con la vista de la imaginación”:

“El primer preámbulo es composición viendo el lugar. Aquí es de notar, que en la contemplación o meditación visible, así como contemplar a Cristo nuestro Señor, el cual es visible, la composición será ver con la vista de la imaginación el lugar corpóreo, donde se halla la cosa que quiero contemplar.”

A continuación de ello, en el segundo preámbulo (donde se demanda “a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo”) explicó que la demanda ha de ser “según subiecta materia”; es decir, que “si la contemplación es de resurrección, demandar gozo con Cristo gozoso; si es de pasión, demandar pena, lágrimas y tormen-

to con Cristo atormentado.” En su punto más alto los ejercicios permiten que tengan lugar la desgarradura, la entrega y la purificación más absolutas porque transforman en posible la imposibilidad ya que, lo que aparece anunciado como un “Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz...” deja de ser una proyección distante —como si contemplásemos las vivencias de otro— y nos coloca allí: en la escena. Es entonces que alma, cuerpo y mente se abren a la desgarradura gracias a la contemplación, ya dentro de la escena, del abandono y el dolor de Cristo puesto en cruz.

Desde este punto de vista, y en una de sus muchas derivaciones, los *Ejercicios...* nos enseñan que hay que estar en la escena del dolor. Esta verdad, que de un modo desmesurado (que no podemos calcular ni explicar) alcanza su realización cuando se trata de imaginar al Cristo puesto en cruz, tiene que verificarse igualmente en la escala más baja de las criaturas. Y acaso todavía más cuando se trata de un conjunto humano que ha sido apartado y humillado del modo peor: negándole la condición de persona o comportándonos como si fuesen personas de segunda. Hacer un mundo mejor, más digno de la belleza, significa aceptar que ese dolor existe, escuchar, absorberlo, dejar que nos hiera, que no podamos descansar al saber que hay ese grupo que sufre.

La presente recopilación, que contiene textos publicados en la revista *Espacio Laical*, se enfrenta y abre puertas a la cuestión del debate sobre discriminación racial en Cuba, tanto en nuestra historia como en el presente. Aun sabiendo que es tan diminuta como un grano de arena queremos entregar nuestra contribución a un intercambio como este, urgente para la nación cubana en tanto cualquier error que en ello se cometa pondría en crisis la unidad nacional, acentuaría la desigualdad y dañaría el alcance de la noción de ciudadanía. Y esto sería solo lo más visible de inmediato porque también, de una manera más larval, nos haríamos peores personas, menos solidarios, seres vaciados de amor y de compasión, más en tinieblas e incapaces de ese bello gesto de la fe con el cual San Ignacio nos enseñó a atravesar montañas y épocas: ver con la vista de la imaginación. El dolor de Cristo en la cruz, que absorbe todos los restantes, inabarcable, del pasado y del futuro; pero también el dolor de la criatura que nos acompaña, nuestro hermano hombre, en este caso —y según las características de nuestro país— un negro o negra.

Belleza y curación han de ir juntas.